

LA GUERRA EN ESPAÑA¹

1. Los términos del problema

Sólo podemos comprender los sucesos de España si nos referimos a su realidad histórica, que se traduce, por un lado, en la decadencia del sistema capitalista, y por otro, en la profunda depresión del movimiento obrero internacional.

Vayamos rápidamente al grano.

Se han dicho muchas cosas, a propósito de España, sobre la “revolución burguesa”, “olvidando” que ésta es una noción anacrónica barrida por la evolución capitalista y ligada a una época totalmente superada.

Las revoluciones burguesas que se suceden desde mediados del siglo XVII, a lo largo de dos siglos, reflejan la eclosión de la nueva sociedad que surgió en el seno del feudalismo.

Por el contrario, en la época de la decadencia del Imperialismo, la Revolución burguesa pierde su significado histórico, puesto que han surgido las condiciones *objetivas* para la desaparición del capitalismo. Sólo se puede hablar de Revolución burguesa como *tarea* particular del proletariado allí donde las condiciones históricas han obstaculizado el completo desarrollo de la organización burguesa. Este fue precisamente el caso de Rusia, donde la primera fase de la Revolución proletaria de Octubre de 1917 al otoño de 1918, consagró el perfeccionamiento de la Revolución burguesa. ¿Podría ser éste también el caso de España? Hablar aquí de Revolución burguesa como tarea pendiente de la clase burguesa española es tan absurdo como afirmar que su ascenso al poder data de la proclamación de la República en abril de 1931. Es una ironía de la Historia que la burguesía española no haya logrado concluir, nunca, su obra económico-social, siendo, como es, una de las más viejas burguesías de Europa; fue uno de los agentes más activos de la acumulación primitiva, y fue capaz de apoyarse desde el siglo XVIII, antes que el resto de naciones, en una forma rudimentaria de parlamento: las Cortes.

Pero precisamente su poderío prematuro convirtió a España en el país atrasado que es hoy. Todopoderoso en sus riquezas coloniales, ebria con su vertiginoso ascenso, fue incapaz de adaptarse a las transformaciones que se operaron en la estructura económica y social de Europa en los siglos XVI y XVII, justamente en la época en que se precipita su decadencia.

Mientras las “naciones” modernas, pilares del Capitalismo, se constituyen en Inglaterra, Francia y Holanda bajo el empuje del centralismo estatal, España, sobre la base de un estancamiento económico, no conseguía vencer la fuerza disolutiva de las tendencias separatistas.

¹ Este texto apareció en enero de 1937. Posteriormente fue reproducido en la revista *Entre deux mondes*, nº 1. Bruselas, 1946; y más recientemente fue publicado en la revista *Invariance*, año II, nº 8 octubre-diciembre de 1969. Esta traducción al castellano se ha recogido del libro “*BILAN. Textos sobre la revolución española 1936-1938.*” Etcétera, 1978.

El autor, Mitchell (Jehan), pertenecía a la Liga de Comunistas Internacionalistas de Bélgica. Esta organización se escindió a raíz de la guerra de España. El grupo que encabezaba Jehan fue expulsado en febrero de 1937 y pasó a fundar la Fracción belga de la Izquierda Comunista Internacional. En el texto se pueden apreciar las divergencias entre el grupo minoritario de Jehan y la mayoría de Hennaut.

El autonomismo español, que es un producto más bien histórico que geográfico, en vez de diluirse en la “Nación”, como sucedió sobre todo en el caso de Francia, encontró un nuevo alimento en un parasitismo de las clases dominantes que gangrenaba todo el organismo social, que paralizaba las actividades y las iniciativas de la burguesía de las ciudades, y que la hizo replegarse sobre sí misma. Por eso el espíritu separatista predomina hoy en España, espíritu que mañana complicará especialmente las tareas de la Revolución proletaria, y más cuando las corrientes que actúan entre la clase obrera, lejos de señalar la necesidad de una lucha centralista contra el capitalismo, favorecen la vitalidad de las tendencias autonomistas*.

La sociedad española, en su forma inacabada, semi-feudal, semi-burguesa, no dejó por ello de convertirse en un mecanismo más del sistema de producción burgués, adquiriendo así una naturaleza y un contenido burgués. El capitalismo mundial se apoyó en esa amalgama de clases parasitarias formada por una minoría específicamente burguesa rodeada de señores feudales “aburguesados”, de nobles terratenientes, de congregaciones del clero, para adueñarse de forma sumaria de los recursos nacionales mediante una explotación feroz de las masas obreras y campesinas. Hasta entonces, a falta de un aparato estatal poderosamente centralizado al servicio de una burguesía políticamente fuerte, el instrumento de esta explotación consistió en una monarquía burocrático-militar que vivía en medio de una lenta descomposición de las clases dominantes, salvaguardando su existencia: una relación social análoga, globalmente, a la que se daba en la Rusia zarista. Sin embargo, en realidad, el capitalismo español sufría desde hacía mucho tiempo una profunda y endémica crisis social que lo sacudía periódicamente hasta sus cimientos y que era el amargo fruto de su composición heterogénea, de la naturaleza híbrida de su estructura económica y política. Pero esta crisis no era en modo alguno fruto del choque entre el feudalismo y las fuerzas nuevas de una burguesía revolucionaria; se limitaba al interior de las clases dominantes, a unas luchas entre minorías que se disputaban el poder y las prebendas y en las que el proletariado no llegaba a intervenir como fuerza política independiente. El eje de la lucha no obstante se desplazó cuando el proletariado industrial y agrario aumentó su peso específico en la economía. Sabemos que la neutralidad de España en la guerra favoreció un cierto desarrollo económico, al que también contribuyó la masiva intervención del capital extranjero en la explotación minera e industrial. Pero esta prosperidad efímera y tan relativa no hizo sino acelerar consecuentemente el proceso de la sociedad española, justo en el momento en que la crisis económica mundial revelaba de nuevo brutalmente la realidad de la decadencia irrevocable del capitalismo (demostrado ya en la guerra imperialista).

La burguesía española, en un clima histórico que excluía una nueva expansión de las fuerzas productivas bajo *su forma capitalista*, no podía plantearse la consumación de esa Revolución industrial que había sido incapaz de realizar totalmente. Lejos soñar con ganarse a “su” proletariado con una utópica prosperidad (ni lo pensaba), su tarea histórica consistía por el contrario en esclavizarlo totalmente, sangrándolo aunque sólo fuera para salvaguardar su dominio. En pocas palabras, tenía que resolver el mismo problema que se le presentaba a la toda burguesía mundial disponiendo de unos medios mucho más restringidos que, por ejemplo, los Estados capitalistas democráticos. Si entre 1931 y 1936 fracasó, al jugar la baza “democrática”, fue por su debilidad “congénita” y no porque la relación de las clases le fuera desfavorable, algo que contradice la realidad de las situaciones. En efecto, como veremos en el capítulo siguiente, la República democrática, en vez de favorecer el desarrollo ideológico y político del proletariado y,

* El POUM (“Revolución Española” del 21-10-36), comentando el estatuto de autonomía del País Vasco aprobado por las Cortes fantasmas del 1 de octubre, considera que se trata “de un complemento básico para la lucha contra el fascismo y por una sociedad nueva”.

en consecuencia, la construcción de su partido de clase, contribuyó a reforzar las fuerzas contrarrevolucionarias que se movían entre las masas socialistas, estalinistas y anarco-sindicalistas, corrompiendo los débiles núcleos comunistas supervivientes de la ruina de la III Internacional.

En España, ocurre a escala reducida lo mismo que ocurrió en los otros países capitalistas en la era del “resurgimiento” democrático que siguió a la guerra imperialista.

Si el criterio internacionalista tiene algún significado, hay que afirmar que bajo el signo del crecimiento de la contrarrevolución a nivel mundial, la orientación política en España, de 1931 a 1936, no podía sino seguir una dirección paralela y no el curso inverso de un desarrollo revolucionario.

Hay que tener esto bien presente si queremos extraer una lección positiva de los sucesos de España desde julio de 1936. Además, partimos de la opinión de que una lucha proletaria nacional no se desarrolla completamente hasta que no alcanza sus objetivos finales y cambia por tanto una situación internacional, la cual contenía ya los elementos para esta *madurez* revolucionaria. Si consideramos el problema desde el ángulo opuesto, esto significa que, en el cuadro internacional, la revolución no puede alcanzar su pleno desarrollo si no es como resultado de una situación revolucionaria a escala internacional. Sólo sobre esta base podemos explicar los fracasos de la Comuna de París y de la Comuna Rusa de 1905, así como la victoria del proletariado ruso en Octubre de 1917.

Es indiscutible que la evolución específica del capitalismo español favoreció el desarrollo de poderosos factores *objetivos* para la Revolución: en primer lugar, una burguesía carente de un poder central sólidamente constituido, débilmente organizada, y cuyo campo de maniobras políticas estaba estrechamente limitado; en segundo lugar, una maduración muy avanzada de los contrastes sociales, que reflejaban la pobreza económica de España; y, en tercer lugar, la capacidad combativa de los proletarios y campesinos templados al calor de las luchas esporádicas que jalonaban su existencia miserable.

No es menos cierto que el proletariado español se ha visto arrastrado a esta trágica situación y que, aun enfrentándose a un “débil eslabón” del capitalismo mundial, lucha en las peores condiciones porque carece de los instrumentos necesarios para su emancipación: el partido de clase y el programa de la Revolución. Si quedaba aún la más mínima duda sobre el papel *fundamental* que tiene el partido en la revolución, la experiencia española, desde julio de 1936, la ha resuelto definitivamente. Incluso si comparamos el ataque de Franco con la aventura de Kornilov de agosto de 1917 (lo que es falso histórica y políticamente), la diferencia entre las dos evoluciones continúa siendo impresionante. Una, en España, determina la progresiva colaboración de las clases hasta la unión sagrada de todas las fuerzas políticas; la otra, en Rusia, se dirige hacia una elevación de la lucha de clases que acaba en la insurrección victoriosa, bajo el control vigilante del partido bolchevique, templado a lo largo de quince años de lucha, mediante la crítica y la lucha armada.

Hacía falta un milagro para que el proletariado español lograra abrirse “él solo” su camino de clase. Pero sabemos que en la dialéctica materialista no caben los milagros sociales.

2. El origen de los sucesos de Julio

La República democrática de 1931, en virtud de las condiciones en las que surgió, en absoluto fue el ascenso de una burguesía revolucionaria que pretendiese hacer *tabula rasa* con los últimos vestigios feudales. Ya hemos dicho que no se trataba de llevar a cabo el programa integral de la Revolución burguesa.

En realidad, la “Revolución” de abril de 1931, que nace bajo el empuje de una sucesión de huelgas que se desarrollaron tras la caída de Primo de Rivera un año antes, se limitó a sustituir con la forma republicana de dominio capitalista otra forma de dominio capitalista que se había revelado imposible: la monarquía podrida de Alfonso XIII. Pero dejó intacto el aparato represivo del Estado burgués: la burocracia, la policía, el militarismo. Sólo cambió el personal político, teñido de radicalismo y de socialismo. El Gobierno provisional, verdadero disfraz de arlequín, revelaba sin embargo su homogeneidad, pues estaba compuesto únicamente por enemigos irreductibles del proletariado, desde los republicanos de derecha como Alcalá Zamora, monárquicos arrepentidos, hasta la izquierda socialista de Largo Caballero (ex-consejero de Primo de Rivera), Prieto, de los Ríos, pasando por el centro radical, desde Lerroux a Azaña. La “república de los trabajadores”, con su oportunismo, ilusionó a los obreros y campesinos con un programa de mejoras económicas y de reforma agraria cuyo objetivo no era sino desviarlos de su lucha directa contra el capitalismo, pues en absoluto estaban destinadas a convertirse en realizaciones concretas.

La burguesía “republicana”, igual que antes, cuando era monárquica, no podía resolver los complejos problemas económicos a los que se tenía que enfrentar: desarrollar su equipo industrial, sanear su economía agraria abasteciéndola de agua y de utillaje moderno, proporcionar pan a las masas de proletarios y campesinos. En suma, no se trataba de establecer las bases para una intensa acumulación de beneficios y de medios de producción en un clima histórico que ahogaba toda posibilidad de expansión, sino que había de hacer frente a una crisis económica que agravaba aún más los contrastes sociales, provocando un temporal que el capitalismo español esperaba poder capear situándose en el terreno de la “Democracia”.

Es fácil imaginar hasta qué punto esa depresión mundial, que había sacudido a los Estados capitalistas más poderosos, debió ensanchar las numerosas grietas de la atrasada economía española. Su centro vital, el sector agrario, se había visto especialmente herido por una caída en volumen y precios de las exportaciones, que constituían anteriormente dos tercios de las exportaciones totales. Nos podemos hacer una idea de este desastre si nos fijamos en las particularidades estructurales de la agricultura española, que desde el punto de vista social determina, en efecto, la suerte del 70 por ciento de la población total —de cinco millones de trabajadores españoles, sin contar sus familiares—; tres millones de proletarios (aproximadamente una cifra equivalente al proletariado industrial) están en paro forzoso la mitad del año y sus ingresos anuales no superan apenas el millón de francos belgas. En realidad, el 85 por ciento del total de los trabajadores no dispone más que del 13 por ciento de la superficie de tierra cultivable; el 14 por ciento de los campesinos acomodados poseen el 35 por ciento, y el 1 por ciento formado por los grandes propietarios y las congregaciones religiosas detenta más de la mitad de la tierra. Además, las tres cuartas partes de las explotaciones agrícolas tienen menos de una hectárea. El paro endémico, los abrumadores impuestos a pesar de la escasez del rendimiento, el diezmo eclesiástico que no ha desaparecido y la carestía de los productos hacen que las cuatro quintas partes de la población agrícola viva en una situación de hambre permanente y de indescriptible miseria.

Desde el punto de vista económico, hay dos características esenciales: un equipamiento técnico mediocre y la escasez de agua, que en ciertas regiones es tan grave que existe la propiedad *privada* del agua.

Semejantes condiciones económico-sociales explican tanto la penetración de la ideología pequeño-burguesa de los anarquistas en la cabeza de millones de campesinos-proletarios, obsesionados con la posesión de la tierra, como la ardiente combatividad del campesinado. Pero esto no significa que el problema agrario se le plantease al proletariado español desde el mismo ángulo que en Rusia. Creemos que las condiciones geográficas (menor extensión y problemas de riego), unido a la existencia de un proletariado

agrícola muy numeroso, harán que la producción colectiva prevalezca sobre la consigna burguesa del reparto de la tierra, partiendo de la base de la nacionalización integral del suelo como culminación de la revolución burguesa.

El sector industrial ocupa un lugar secundario respecto a la economía agraria; pero, análogamente a la estructura de la Rusia zarista, el proletariado –fuertemente concentrado en algunas regiones– ocupa en la producción una posición que necesariamente le convierte, desde el punto de vista histórico, en la única clase revolucionaria. Por consiguiente, su dinamismo, unido al del campesinado, hace muy compleja la tarea de la República democrática, cuyo principal objetivo es contener los contrastes de clase y destruir toda posibilidad de desarrollo de la *conciencia* proletaria. Sin embargo, a este respecto, podemos decir que los propósitos capitalistas han triunfado totalmente. Y no es que las masas hayan permanecido inactivas, al contrario. Con el advenimiento de la República aumentó la agitación obrera. Los cinco años de idilio democrático están jalonados por huelgas, locales y generales, motines y “revueltas” campesinas, coronadas por el movimiento insurreccional de octubre de 1934.

Pero las masas permanecieron en todo momento bajo el dominio del programa democrático burgués y de las fuerzas políticas que se habían convertido en sus defensores, pues no llegaron a hacerles frente, al calor de la lucha, con el programa de la Revolución proletaria ni con los órganos capaces de realizarla. La República no sólo logró que los partidos socialista y estalinista y la UGT se incorporaran a ella, sino que se benefició también, incluso mucho más que antes, del confusionismo anarcosindicalista de la CNT. Es más, logró impedir toda clarificación en el seno de los débiles núcleos comunistas que sobrevivían a duras penas y, en consecuencia, aplastó toda posibilidad de que se crearan las bases para la fundación del partido de clase. Cada vez que las masas recurrían a la acción directa y amenazaban los privilegios capitalistas, la República respondía con plomo.

Estas conclusiones pueden extraerse de un breve análisis del período de luchas comprendido entre agosto de 1931 y julio de 1936. Éstas inmediatamente adquirieron tales proporciones que la UGT y el partido socialista tuvieron que “exhortar” a los obreros a que volvieran al trabajo, demostrando así al gobierno su voluntad de defender la república. Tras las elecciones para las Cortes Constituyentes de junio, que aseguraron una mayoría republicano-socialista, las huelgas se reavivan y en Sevilla (donde la CNT había desencadenado la huelga general) tienen lugar fusilamientos de proletarios. La ola huelguística se prolonga hasta octubre; en este momento el gobierno se “radicaliza”. Alcalá Zamora cede su puesto a Azaña, que excluyó a la derecha, conservando a pesar de todo al aventurero Lerroux, radical-centrista.

Azaña se apresura a hacer votar la ley de defensa de la República, que pretende prácticamente impedir las huelgas imponiendo el previo aviso, instaurando a la vez el arbitraje obligatorio y las comisiones paritarias. Además, declara fuera de la ley a los sindicatos, que por otro lado se ven sometidos a la obligación del previo aviso.

En diciembre, nuevo giro hacia la izquierda con el gabinete Azaña-Caballero y la exclusión de Lerroux, giro que se limita a una radicalización meramente verbal del programa inicial, sobre todo en lo referente a la cuestión agraria. Poco después, se pasa a la represión del intento de los anarquistas de instaurar comunas libertarias en la región de Barcelona. En compensación se proyecta la expropiación de las tierras “mal cultivadas”.

En agosto de 1932 la derecha lleva a cabo un sondeo, desencadenando un ataque militar en Madrid y Sevilla (Sanjurjo) que fracasa.

En septiembre las Cortes votan la “reforma” agraria, que consistía en la venta de las peores tierras a los campesinos, mediante la retroventa.

Al iniciarse el año 1933, nueva oleada de huelgas que se reflejan en la masacre de Casas Viejas (Cádiz) de unos obreros desarmados y prisioneros, así como en la feroz represión de las “ocupaciones” de tierras.

El otoño de 1933 registra un giro político hacia la derecha, con la eliminación de Azaña por Martínez Barrios y la creación del Partido Católico Popular de Gil Robles. Las elecciones a Cortes, en las que se recurrió al voto femenino, confirman la nueva orientación, con el triunfo de los agrarios y de los radicales de Lerroux.

Una reacción obrera general de inspiración anarco-sindicalista provoca el sabotaje de la UGT y de los socialistas, perros fieles de la República, y la represión violenta de Martínez Barrios.

Después se suceden los gabinetes de Lerroux, que se deslizan cada vez más a la derecha hasta recibir abiertamente el apoyo de Gil Robles, mientras que el partido socialista hace “izquierdismo” bajo la inspiración de Largo Caballero, con el fin de poder ahogar mejor las luchas obreras en ciernes.

Sobrevienen los sucesos de octubre de 1934 en los que, en Asturias, socialistas y estalinistas logran dirigir la insurrección hacia la masacre, mientras que en Cataluña la huelga general que estalla espontáneamente, a despecho del absentismo defendido por los anarquistas, es rápidamente sofocada por la propia CNT que, además, había impedido su desencadenamiento en Andalucía, Extremadura, Valencia y Aragón.

Los sucesos que siguen muestran que la situación política evoluciona hacia un *impasse*. En efecto, los gabinetes del centro-derecha, en los que finalmente participa Gil Robles en persona, no llegan a afrontar los complejos problemas que se plantean, y en diciembre de 1935 tiene lugar la crisis y la disolución de las Cortes seguida del triunfo electoral del Frente Popular.

La propia composición de este Frente Popular revela ya hasta qué punto había progresado la descomposición del movimiento obrero desde abril de 1931. En efecto, este Frente va desde los republicanos “tibios” de Martínez Barrios al POUM, esa “vanguardia proletaria”, pasando por la izquierda catalana, la de Azaña y los socialistas, estalinistas y sindicalistas independientes de Pestaña. Incluso el anarco-sindicalismo contribuyó a su victoria. Por otro lado, todas estas formaciones revelaron brutalmente su función capitalista tras los sucesos de julio. En realidad, la breve gestión del Frente Popular no hizo sino preparar los elementos del ataque que iba a desencadenar la nueva política de violencia capitalista. Por un lado, los mismos que desencadenaron el “complot”, los Franco, Mola, Caballero, Sanjurjo, recibieron su investidura por parte de la República del Frente Popular; por otro, el sabotaje de las luchas obreras era el único fin perseguido por la UGT y por los estalinistas, denunciando a los “provocadores” anarquistas y las huelgas “indisciplinadas”.

Además, la aún mayor incapacidad de la burguesía para realizar reformas “democráticas”, unida a la agudización de los contrastes sociales puesta de manifiesto por la “victoria” del Frente Popular, precipitó los acontecimientos.

En vísperas de julio, los obreros, *abandonados a sí mismos*, se aprestan a librar nuevas batallas, sin resultado. Una gran huelga de la construcción se había entablado en Madrid desde junio, siendo declarada ilegal por el gobierno de Casares Quiroga.

3. ¿Guerra antifascista o guerra de clases?

El camarada Hennaut considera, al final de su informe, que una política proletaria debe basarse en *los hechos*, por ejemplo en el hecho de que los obreros españoles, en julio de 1936, dejasen escapar el poder que, al parecer, *tenían en sus manos*. Pero un análisis marxista no puede evidentemente contentarse con registrar los hechos. Debe extraer de ellos su naturaleza real y sus causas, para sacar conclusiones positivas de las experiencias de la lucha de clases. No se trata de infravalorar la capacidad combativa desplegada por el proletariado español sino de saber *por qué*, a pesar de su heroísmo y de su poderoso instinto de clase, no alcanzó esa conciencia revolucionaria que le habría permitido rematar su victoria inicial sobre Franco, barriendo al conjunto de la clase capitalista, así como de denunciar las fuerzas y la política que han obstaculizado su camino al poder.

Es necesario construir una política proletaria sobre la realidad de los hechos, pero no será una política válida si se desnaturalizan estos hechos, es decir, si no se evalúan exactamente en función de la correlación de las clases que reflejan, correlación que ha de medirse tanto a nivel nacional como internacional. Además, esta política, para no caer en el empirismo vulgar, debe inspirarse totalmente en los principios ya elaborados con anterioridad a la luz de las experiencias históricas, tales como los criterios de Partido y de Estado.

Respecto a los acontecimientos que tienen lugar en las primeras semanas que siguen al 19 de julio, se les podría atribuir, por su aspecto externo, el significado de una revolución proletaria en marcha, pero las premisas políticas realmente existentes contradicen semejante hipótesis. Es cierto que la gente del POUM ha dicho al respecto que: *“Los obreros han derrotado al fascismo y luchan por el socialismo”* (Nin, 6-9-36). O bien que *“hay que hacer la Revolución proletaria”*. *“En Cataluña, la dictadura del proletariado ya existe”* (Nin); o incluso: *“Asistimos en España a una profunda revolución social; nuestra revolución es aún más profunda que la que Rusia emprendió en 1917”*. Respecto a la noción de partido, añadían: *“La dictadura del proletariado no puede ser ejecutada por un solo sector del proletariado, sino por todos los sectores sin ninguna excepción. Ningún partido obrero, ninguna central sindical tiene el derecho de ejercer ninguna dictadura”* (!).

Esta era la concepción “revolucionaria” de los que se preciaban de ser la vanguardia del proletariado español.

Ya conocemos la tesis opuesta, la del campo socialista y estalinista, la de los defensores del “orden republicano en lo referente a la propiedad”, de la “España democrática y libre”, que consideran que no se trata de un choque entre las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista, burguesía y proletariado, sino de una lucha entre fascismo y democracia.

Es cierto que la evolución de los acontecimientos ha terminado demostrando que las diferencias entre las concepciones de estas diversas corrientes eran puramente verbales, puesto que se fundaban en realidad en una Unión Sagrada contra el fascismo.

Se plantea aquí una segunda cuestión: ¿cómo fue posible esta Unión Sagrada? ¿Se debe solamente a la actividad de las corrientes que actuaban en el seno del proletariado y que dirigieron la lucha antifascista por una vía contrarrevolucionaria; o bien hay que buscar sus raíces en la fase inicial, cuando se transformó la lucha proletaria en lucha *anti-fascista*? Una tercera cuestión va ligada a la precedente: la guerra antifascista

unilateral ¿es una expresión de la voluntad de los obreros o el producto de una maniobra política de la burguesía democrática?

En principio hay que subrayar esto: Por un lado, el ataque de Franco no representa un golpe de Estado militar, un pronunciamiento más que viene a sumarse a toda una serie de pronunciamientos anteriores, sino que se trata indiscutiblemente de una ofensiva del capitalismo español en su conjunto, como se desprende del análisis precedente; por lo demás, el “complot” se organiza con la complicidad tácita de la República del Frente Popular. Por otro lado, la respuesta obrera es absolutamente espontánea e irresistible, hasta el punto de que llega a barrer la pasividad de las corrientes “obreras” y la sorda hostilidad de la burguesía “republicana”, que ha quedado reflejada en las palabras de Alcalá Zamora, que más tarde afirmó que en absoluto pensaba hacer frente a Franco, de no haber sido arrastrada a ello por las masas. La adaptación capitalista a una situación dominada por la iniciativa y el ímpetu de los obreros es flagrante. La historia ofrece numerosos ejemplos que ilustran la flexibilidad de la burguesía y su capacidad para corregir una situación comprometida, siempre que sus fundamentos queden salvaguardados (si bien no sus formas), su Estado, la condición de su poder político y económico. Pues el problema era éste y volveremos a él en el capítulo siguiente. Ahora, lo que debe llamarnos la atención no son los aspectos contingentes de esta lucha, sino la alteración de su contenido, desde el momento en que el proletariado se equivoca a la hora de valorar políticamente a los republicanos burgueses de Madrid y Barcelona y se abstiene de dirigir sus golpes contra ellos, como contra Franco, engañándose así sobre el significado de su éxito inmediato.

Los hechos hablan claramente al respecto. Precisamente tras el 19 de julio, el proletariado (nos referimos sobre todo al de Barcelona), combinando su lucha armada con la huelga general (condicionada la primera por la segunda) logró avanzar todo lo lejos posible en el camino revolucionario, llegó a adquirir la máxima conciencia política compatible con su inmadurez ideológica, a llevar la lucha *social* a su más alta expresión. Aquí, el camarada Hennaut choca claramente con la realidad cuando afirma que la “huelga general económica es imposible bajo amenaza de fusilamiento”, puesto que por el contrario contribuyó a la derrota de Franco y continuó aún durante más de una semana, y no fueron los obreros los que le pusieron fin “conscientemente” sino las organizaciones que les dirigían: CNT, UGT, POUM. Para un marxista, no se trata de oponer en abstracto la huelga general a la insurrección, como hace el camarada Hennaut, sino de unir la primera a la segunda, fundir las dos luchas en la batalla final contra el capitalismo. Es lo que ocurrió en España, de golpe, y sobre todo en Cataluña. La huelga general ascendió inmediatamente al plano político e insurreccional mientras los obreros planteaban sus reivindicaciones materiales: la semana de 36 horas, el aumento de salarios; prepararon la expropiación de las empresas, pero sin conseguir –en ausencia de un partido de clase– llegar a percibir la necesidad fundamental de destruir el Estado capitalista. Esta visión podían adquirirla luego, en el curso del proceso de formación del partido, siempre que se mantuvieran en el terreno de la lucha por sus intereses de clase, por sus condiciones materiales, la única lucha que podía enfrentarles directamente al *conjunto* de la clase capitalista.

En las condiciones históricas en las que se encuentra el proletariado español, sucedió lo contrario, dada la contradicción irresoluble en la que se halla sumido: resolver el problema del poder careciendo del programa de la revolución. En efecto, muy pronto, la huelga de clase inicial se transformó en una guerra que enfrentaba a unos obreros contra otros, a unos campesinos contra otros, pero bajo el control exclusivo de la burguesía, de Franco y de Azaña, cuyo poder había sido quebrantado, pero no *destruido* *.

* Citamos, a título de ejemplo, una “fantasía” de la Unión Comunista de París, que considera que la guerra antifascista es una guerra de clase que enfrenta a *dos ejércitos de clase* (!), constituido uno en torno a Franco, por oficiales,

Como este poder quedó en pie, la Generalitat de Cataluña, sobre todo ella, podía legalizar tranquilamente las acciones de los obreros en el terreno económico, formar un corro con las corrientes “obreras” que indistintamente, todas, engañaban a los obreros con las expropiaciones, el control obrero, el reparto de tierras, la depuración del ejército y de la policía, etc., pero que guardaban un silencio criminal respecto a la realidad terriblemente efectiva, tan poco aparente, de la existencia del Estado capitalista.

Por consiguiente hay que destacar el significado real de los acontecimientos iniciales, que tienen una importancia fundamental, porque consideramos que su contenido político fue el factor determinante de la evolución ulterior de la situación.

Las milicias proletarias, nacidas espontáneamente de la fermentación social, quedaron sometidas muy pronto al control del Comité Central de Milicias, amalgama política con predominio capitalista, pues los partidos burgueses socialista y estalinista contaban con una mayoría de delegados en aquél.

Pero el factor decisivo, a nuestro parecer, y volveremos sobre ello, el factor que cambió completamente la situación de fondo fue el desplazamiento del eje de la lucha proletaria. El objetivo de clase se sustituyó por el objetivo antifascista. Las reivindicaciones propias de los obreros quedaron subordinadas a las de la clase enemiga. La orientación de los acontecimientos dio un giro de 180°, no porque las fuerzas capitalistas tomaran de nuevo la dirección, sino *porque las reivindicaciones cambiaron substancialmente*.

El camarada Hennaut niega que la guerra en los frentes sofoque la lucha de clases; la prueba, según él, está en la posesión y administración de las empresas por los obreros de Barcelona; en este punto, creemos que el camarada Hennaut se deja llevar demasiado por el aspecto externo de las gestas obreras, sin detenerse en su significado político y sin ligarlas a *la correlación real de las clases*, en definitiva el único criterio marxista que hay que tener en cuenta. El camarada Hennaut tampoco ha considerado toda una serie de manifestaciones estrechamente solidarias que demuestran que la lucha *militar* contra Franco no podía surgir de la “voluntad” obrera, aunque se realizara con su “consentimiento” (pero, ¿de qué sirve este consentimiento en ausencia de un partido de clase?), sino que era una maniobra capitalista para estrangular la revolución proletaria.

Hacia el 24 de julio, la UGT y la CNT (permaneciendo el POUM a la expectativa) ya podían intervenir y reprimir la lucha reivindicativa con mucha más facilidad, desde el momento en que la Generalitat de Companys, al mismo tiempo que legalizaba las Milicias y su Comité Central, cogía al toro por los cuernos y decretaba la semana de 40 horas, un alza del 15 por ciento de los salarios, aseguraba el salario íntegro a los obreros en lucha y restablecía, en consecuencia, un cierto equilibrio social que se tradujo en la vuelta del “orden” en las calles. La CNT, organismo mayoritario en Barcelona, pudo entonces proclamar la vuelta al trabajo en las empresas alimentarias, en los servicios públicos y en aquellas industrias que podían servir de “apoyo” a la lucha antifascista. Dos días más tarde, el POUM hace lo mismo, ¡con el fin, dirá, de asegurar la fabricación de bombas, blindajes, etc.! No es casualidad que al mismo tiempo que se lanza la confusión sobre los objetivos proletarios, los obreros sean alejados de los centros vitales del capitalismo, Barcelona, Valencia y Madrid, y diseminados por el campo español de Huesca, Teruel, Zaragoza, Guadarrama, con el fin de destruir las “últimas guaridas fascistas”, sean emplazados luego en los centros militares, y arrojados, a fin de cuentas, a la atmósfera asfixiante de la guerra que disipa las últimas migajas de conciencia que aún

falangistas, requetés y otros carlistas, elementos todos ellos burgueses y pequeño-burgueses, y por mercenarios marroquíes; e integrado el otro, al lado de los “republicanos”, por las milicias obreras de contenido proletario.

existían. Con la extinción total de la huelga general hacia el 28 de julio, el peligro proletario quedaba completamente descartado y el dominio burgués salvaguardado, y precisamente por eso los obreros podían perfectamente entregarse a esa ilusión de su poder económico, pues éste no podía ejercerse más que para las necesidades de la guerra antifascista, y no como apoyo a la conquista del poder político.

Según nuestra opinión, la tesis del camarada Hennaut está viciada desde sus bases, porque no contiene la crítica fundamental a la guerra imperialista *en sí*. Para nosotros, ésta se basa en que su propia *naturaleza capitalista* lleva en su seno la derrota proletaria. Para el camarada Hennaut la guerra conduce a la derrota porque está dirigida por “conciliadores”. He aquí la divergencia esencial. Se impone la mayor claridad posible sobre este punto.

El camarada Hennaut comienza rechazando la tesis de la lucha *unilateral* contra el fascismo: “*la verdadera lucha contra el fascismo no puede ser más que la lucha del proletariado por el socialismo*”. Pero plantear la cuestión del socialismo supone plantear la cuestión de la conquista del poder y la destrucción del Estado capitalista, y en ese caso ya no se trata de disociar el fascismo del capitalismo. La lucha de clases se identifica totalmente con la lucha revolucionaria con miras a derribar el capitalismo. Se desarrolla evidentemente contra el conjunto de la clase burguesa, tanto contra Franco como contra Azaña y Companys. Pero no puede darse en dos planos divergentes, no puede llevarse al mismo tiempo en un frente militar y en un frente de clases, porque el primero *fusiona* a las clases (y nunca es de otra manera) mientras que el segundo las enfrenta de forma irreductible. Para el camarada Hennaut la “*lucha contra los conciliadores no se opone a la lucha contra el fascismo; forman una sola. El frente de los conciliadores es un frente que unió momentáneamente, con el consentimiento de la clase obrera —esto es muy importante—, a varias clases*”.

Así, el camarada Hennaut, si bien admite que la lucha antifascista se ha conducido bajo el régimen de la colaboración de clases y de la defensa de los intereses capitalistas, se niega sin embargo a admitir su contenido imperialista y continúa afirmando que “*la lucha militar contra Franco era una condición de vida o muerte para el proletariado español*”. Lo que equivale, quiéralo o no, a una posición de “defensa nacional” comparable a la que adoptaron los socialistas belgas y franceses al defender las “libertades democráticas” contra el “militarismo prusiano”. Ha sido prudente al afirmar que el hecho de poner en primer plano la defensa militar “*ha retrasado la separación social en el campo antifascista*” y la consecuencia de todo esto ha sido “*condenar de nuevo al proletariado español a la defensa del sistema capitalista, gracias a un gobierno de Unión Sagrada*”. Pero, por otro lado, no se puede afirmar que los reveses militares hayan frenado la lucha revolucionaria, pues, al contrario, los hechos demuestran que la guerra antifascista ha ahogado la guerra de clases. Aunque saliera “victoriosa”, la lucha antifascista significaría una derrota proletaria, del mismo modo que la victoria sobre el militarismo alemán en el 18 reforzó el dominio de las burguesías “democráticas”.

En todo caso, podría decirse que la Guerra de España, dadas sus manifestaciones, no es en absoluto comparable a la guerra imperialista, porque ésta opone directamente a clanes burgueses antagónicos, mientras que la primera enfrenta a la burguesía y al proletariado. Pero si bien es cierto que existe este enfrentamiento, no es en el sentido de una lucha entre democracia y fascismo, sino que se trata de una lucha en la que el proletariado no juega ningún papel independiente, en suma, una lucha en la que éste se deja masacrar en provecho de *su propia* burguesía, que juega a dos bandas: el frente fascista y el frente antifascista, bajo el aspecto de una “guerra de clases” en la que el proletariado en realidad está ausente como clase consciente de sus intereses y de sus objetivos, lo que además constituye una de las características fundamentales de la guerra imperialista. ¿Acaso no vemos como España se revela, cada vez

más, como un poderoso caldo de cultivo de los contrastes imperialistas que el capitalismo mundial se esfuerza por reducir pero que, mañana, pueden estallar en conflicto general?

Ante la evidencia de los hechos, cuando el camarada Hennaut parece orientarse hacia el “derrotismo” respecto a la lucha militar en España, le pedimos que admita también que el *antifascismo* tenía que desembocar en el *impasse* actual.

4. Estado capitalista o Estado proletario

El aspecto externo de los acontecimientos que se han ido sucediendo desde el 19 de julio (sobre todo en Cataluña) ha provocado que las dos concepciones centrales del marxismo –las que se refieren al Estado y al Partido– quedaran singularmente relegadas a segundo plano, mientras que la Revolución de octubre de 1917 las puso totalmente encima de la mesa, *destruyendo* el Estado capitalista y sustituyendo el poder de la burguesía por el del proletariado, que se expresaba a través de su partido.

En lo que respecta a España, se ha especulado mucho sobre la Revolución proletaria en “marcha”, se ha hablado de la dualidad de poderes, el poder “efectivo” de los obreros, la gestión “socialista”, la “colectivización” de las fábricas y la tierra, pero en ningún momento se han planteado sobre bases marxistas ni el problema del Estado, ni el del partido... Al contrario, el equívoco ha triunfado en toda la línea, como expresión de la confusión ideológica que impregna a los que se decían guías de la revolución: la CNT y el POUM.

Es cierto que los factores revolucionarios objetivos, de los que hemos hablado al principio: la debilidad política de la burguesía y el dinamismo de las masas fruto de los poderosos contrastes sociales, son elementos que conjugados han dado lugar a una situación extrema, llegando a falsear por un momento las apreciaciones de la realidad; pero estos mismos factores también han revelado su lado *negativo*, dada la ausencia del factor subjetivo: el partido, el único que, apoyado por las masas, es capaz de asociar los factores objetivos con la realización del programa de la revolución, de plantear concretamente el problema de la destrucción *total* del aparato estatal burgués, condición de la revolución social. Este problema fundamental ha sido sustituido por el de la destrucción de las “bandas fascistas”, y el Estado burgués ha quedado en pie adoptando una apariencia “proletaria”. Y así ha logrado prevalecer ese equívoco criminal de que el Estado se había destruido parcialmente, de que el “poder obrero real” se *yuxtaponía* al “poder de fachada” de la burguesía, que en Cataluña ha tomado forma en dos organismos “proletarios”: el Comité Central de Milicias antifascistas y el Consejo de Economía. Al mismo tiempo que se reconocía un solo poder efectivo, el de los obreros, se hablaba de *dualidad de poderes*, dualidad que debe llevar inevitablemente a la *unidad* de poder, en provecho exclusivo de la burguesía o en provecho exclusivo del proletariado.

Sabemos que la realidad fue radicalmente distinta, y que no expresó ni el poder único de los obreros ni tampoco la dualidad de poderes, pues en ningún momento se opuso a la burguesía el *programa de la revolución* proletaria, y la esencia política del poder siguió siendo totalmente burguesa. Y éste es precisamente el fondo de la cuestión. Una dualidad de poder enfrenta cara a cara a dos organismos gubernamentales opuestos por la base, por el programa y la política de clase. La primera y la única experiencia de dualidad de poderes hasta ese momento ha sido la revolución rusa entre Febrero y Octubre de 1917. Lenin no dejó de subrayar durante este período que el poder proletario, aunque se apoyara en los soviets, poderosa organización de masas, no era más que un poder embrionario, que no existía de forma

efectiva más que en la medida en que los soviets ejercían el poder; o, lo que para él era lo mismo, *en la medida* en que el partido de clase extendía su influencia en el seno de los soviets, en la medida en que los comunistas, armados con el programa de la revolución, liberaban a los proletarios de la ideología burguesa y dirigían la iniciativa de las masas. Y Lenin añadió que el poder burgués subsistía de una forma más efectiva en la medida en que “*se apoyaba en un acuerdo directo e indirecto, formal y real con los Soviets*”, debido a la *falta de conciencia de los proletarios*. Pero la creciente lucha de clases y el fortalecimiento del partido bolchevique transformaron completamente esta correlación de fuerzas y engendraron Octubre de 1917.

En España, después del 19 de Julio de 1936, no hay en ningún lugar vestigios de una organización de masas parecida a los Soviets, ni oposición de dos políticas de clase de la que pudiera surgir un “Octubre” español. No hubo poder proletario embrionario, porque ni siquiera tuvo tiempo de nacer de esa efervescencia inicial.

¿Y las Milicias antifascistas?, dirán. ¿Y el Consejo de Economía? Si bien las Milicias parecen haber sido una creación espontánea de las masas, como respuesta a Franco, estas masas, desgraciadamente, no tuvieron la posibilidad de convertirlas en organizaciones de masas que pudieran convertirse en un embrión del poder proletario a la vez que en un instrumento poderoso de guerra civil. Estas masas y sus milicias inmediatamente quedaron presas de los partidos “obreros” y bajo la dirección de aquel famoso Comité de Milicias, que al imprimirles un carácter *paritario* les arrebató toda posibilidad de convertirse en un organismo *unitario* y por consiguiente cavaba la fosa de la revolución proletaria. Según la propia declaración del POUM, la composición del Comité excluía todo predominio proletario. Pero, además, al mismo tiempo se hacía imposible cualquier trabajo de penetración comunista en el seno de las milicias por la dispersión exterior de los frentes y por la tensión interior de las energías obreras hacia la amenaza antifascista. La amenaza que había pesado durante algunos días sobre el poder burgués desapareció rápidamente y éste sólo tuvo que adaptarse temporalmente a una situación que de hecho sólo podía evolucionar favorablemente para él, puesto que mediante la creación del Comité Central de Milicias y el Consejo de Economía –organizaciones *insertas* en el Estado capitalista– se establecían las bases de la Unión sagrada que iba a presidir la masacre de los proletarios.

Los resortes esenciales del Estado permanecieron intactos:

El ejército (no era muy importante) tomó otras *formas* –al convertirse en milicia–, pero conservó su contenido burgués al defender los intereses capitalistas en la guerra antifascista.

La policía, formada por los guardias de asalto y los guardias civiles, no se desmanteló, sino que se ocultó un tiempo (en los cuarteles) para reaparecer en el momento oportuno.

La burocracia del poder central siguió funcionando y extendió sus ramificaciones dentro de las Milicias y del Consejo de Economía, y aunque no llegó a convertirse en absoluto en su agente ejecutivo, les inspiró en cambio directrices acordes a los intereses capitalistas.

Sobre la política económica desarrollada por estos organismos unidos al gobierno de la Generalitat, *L'Information* de París bien puede decir que no se ha salido del marco capitalista desde principios de agosto*. Los decretos sobre la colectivización –publicados a finales de octubre–, a pesar de su formulación radical, difícilmente significan un progreso “socialista”, mientras que la situación de las clases evoluciona desde agosto, no ya hacia la revolución proletaria, sino hacia el fortalecimiento del dominio burgués. El significado

* 1936.

social de las medidas de colectivización queda perfectamente aclarado en el pacto concertado el 22 de octubre (los decretos son del 24) entre anarquistas y social-estalinistas (con la exclusión del POUM), en el que se dice que pasará a ser objeto de colectivización todo lo relacionado con las *necesidades de la guerra*.

Por lo demás, la experiencia histórica nos muestra que no se puede hablar seriamente de colectivización, de control obrero ni de revolución socialista, *antes* de haber abolido el poder *político* de la burguesía. El camarada Hennaut, en su informe, ha actuado a la inversa, y hay que dejar constancia de que el método adoptado falsea su análisis.

Empieza hablando de la amplitud de la “revolución socialista”, basándose en los decretos de colectivización, de los que acabamos de hablar y que según él señalan una profunda transformación de las relaciones de clase y del régimen de la propiedad privada (datan de octubre^{**}). Pero en el capítulo siguiente, cuando aborda el aspecto político del problema, tiene que admitir entonces que, puesto que la conquista del poder no ha sido planteada seriamente por ningún partido obrero, no existe por ello actualmente en España una revolución socialista. Para Hennaut, como para nosotros, está claro que el Estado burgués no ha sido destruido y que sólo la fuerza de los hechos suavizó sus métodos de dominio. Para Hennaut además, los órganos del poder proletario, los organismos unitarios en los que las masas desarrollan su conciencia política, no se han creado, ni siquiera existen en estado embrionario. Es más, para nosotros no existió el poder obrero ni un sólo día (no es éste el parecer del camarada Hennaut), porque estaban ausentes las dos cosas que éste comporta: los órganos y la conciencia proletaria que los anima, que no pueden surgir *espontáneamente*, sino a través de un *proceso de clarificación* política.

En lo que respecta a las medidas de colectivización, el camarada Hennaut, después de haberlas valorado para nosotros en exceso, llega a la conclusión de que corresponden a una maniobra política de la burguesía, que se adapta así a la realidad, y que por tanto carecen en sí de valor: *“qué le importa al proletariado que los gobiernos de Largo Caballero y de Companys ratifiquen todas las expropiaciones realizadas por el proletariado, si conducen la revolución proletaria a la perdición, si llevan a una guerra de tales características que ha de conducir a la victoria del fascismo”*. Esta es también nuestra opinión, aunque con una diferencia: la propia guerra antifascista, que inevitablemente se coloca bajo el signo de los intereses capitalistas, es el origen de la próxima derrota proletaria.

5. La Unión Sagrada

Como ya hemos señalado, para los obreros españoles desaparece el camino de la revolución inmediatamente después del 19 de julio. La efervescencia de carácter insurreccional es canalizada hacia la lucha antifascista. Esta conversión se traduce en una transformación de la naturaleza de la situación. A la agitación obrera se le imprimió una nueva orientación capitalista, y esto lo demuestra el hecho de que a los proletarios les es imposible crear organizaciones de masas de las que pueda surgir el partido revolucionario. Esto el camarada Hennaut lo advierte perfectamente, pero no extrae las necesarias conclusiones políticas, o mejor dicho, no llega a la conclusión de que ha habido un cambio en la correlación de las clases. Según él la lucha antifascista no da la espalda a la revolución, sino que constituye una fase necesaria de ella, integrándose en el conjunto de la lucha revolucionaria. Nosotros vemos una incompatibilidad entre las dos luchas. La guerra antifascista es el producto del mantenimiento del dominio capitalista por un lado, y de la

^{**} Ídem.

ausencia de un partido revolucionario por otro. Su desencadenamiento constituye ya una derrota para el proletariado. En el terreno de las clases, tiene el mismo significado que la guerra imperialista y engendra además, naturalmente, la Unión Sagrada, que el camarada Hennaut se limita a constatar sin explicarla. La guerra antifascista en España no puede ser al mismo tiempo capitalista y proletaria. No puede cambiar de naturaleza más que bajo la dirección del proletariado *erigido en clase dominante*, como prolongación de la guerra civil, como sucedió en Rusia tras Octubre de 1917. Adherirse a ella *antes* de tomar el poder significa colocarse en una posición de defensa nacional, que Lenin ya denunció al rechazar el bloque con los socialistas revolucionarios para combatir contra Kornilov, en agosto de 1917. En España, el proletariado debía negarse a combatir a Franco bajo la bandera capitalista del antifascismo y concentrarse en el frente de la lucha contra la burguesía española de Companys, Giral y Franco. El camino de la insurrección proletaria no pasaba por la guerra militar, sino por la guerra civil.

Ya hemos señalado antes que, en Cataluña, la Unión Sagrada encontró su expresión orgánica en la constitución del Comité Central de Milicias y el Consejo de Economía, puesto que se presentaron como órganos del poder proletario, como expresión de la dictadura del proletariado (POUM). En Madrid, el instrumento de la colaboración bélica fue el Frente Popular. Ambas bajo dirección de las fuerzas capitalistas, asistimos pues a una evolución de la guerra antifascista, capitalista por naturaleza, que adquiere progresivamente la forma de una guerra moderna, conforme se desarrolla cada vez más la colaboración entre clases.

¿Y no se trata precisamente de los mismos fenómenos que nos reveló la primera guerra imperialista?

Al principio, el verbalismo revolucionario ocultaba el trasfondo, sobre todo en Cataluña, donde dominan el POUM y la CNT. Pero el mito de la guerra antifascista ahogó rápidamente toda preocupación de clase bajo el empuje de estas mismas corrientes. En Madrid, según Giral, los estalinistas se han convertido en defensores del *orden*. En Barcelona, Companys dirá que la CNT *“assume el rol abandonado por el ejército rebelde de controlar y de proteger la sociedad y se ha convertido en un instrumento en manos del gobierno democrático”*. Las “expropiaciones” de los obreros quedan integradas en el marco de un capitalismo de Estado que permanece bajo el control de la burguesía, debido a “las necesidades de la guerra” y con la cooperación de las organizaciones sindicales y de los autodenominados “órganos del poder proletario”. Paralelamente se lleva a cabo el desarme progresivo de los obreros de la retaguardia y la militarización de toda la vida social. A finales de agosto * *L’Information* de París constata con satisfacción que en Madrid y en Barcelona, *“las autoridades competentes hacen esfuerzos ‘diplomáticos’ para conseguir el desarme de las masas obreras no enroladas en las milicias antifascistas, así como su militarización”*. El Comité Central de las Milicias cooperó en estos esfuerzos. Y los fracasos militares que siguieron sirvieron para estimular y acelerar el desarme social y para armar ideológica y materialmente para la guerra.

La masacre de Badajoz, seguida de la rendición de Irún y de la marcha sobre Toledo y Madrid, provocó un giro hacia la “izquierda” con la formación del gobierno de Largo Caballero, calificado de “progresista” por los anarquistas y el POUM. Su programa se limitó a la organización de las Milicias, el refuerzo de la disciplina civil y militar dentro del “respeto” a la ley republicana. Para apoyarlo, la CNT propondrá la formación de un Consejo Nacional de Defensa al que enviará delegados “técnicos”, así como la creación de *milicias de guerra* bajo una sola dirección militar y controladas por un Comisariado de Guerra.

* 1936.

En Cataluña, la Generalitat se anexionará el famoso Comité de Milicias como Ministerio de Defensa, pues deseaba conservar una apariencia de autoridad frente a “la opinión internacional”.

El POUM dirá que así lo que hace el gobierno de “fachada” de Companys no es más que proteger mejor el poder real de los obreros. He aquí una forma, y no puede ser más criminal, de violar la realidad histórica; pero a estas “vanguardias” no les basta con eso. Algunos días más tarde se realizará abiertamente la Unión Sagrada gubernamental, que se denominará “Consejo” de la Generalitat para no herir la susceptibilidad de los anarquistas. CNT, POUM, UGT, estalinistas, socialistas y burguesía catalana unieron sus esfuerzos por la causa del antifascismo. Los anarquistas, que ya se habían convertido al “centralismo”, se convirtieron en “autoritarios” convencidos porque, según se decían: *“La revolución tiene sus exigencias... La dualidad de poderes no podía persistir... Tenemos que ocupar el lugar que se corresponde con nuestra fuerza”*. Esto no les impidió asumir solamente tres delegados de doce, cuando supuestamente representaban a la mayoría del proletariado catalán. El POUM dirá que se trataba de una “etapa de transición”, al igual que antes había hablado de dictadura del proletariado bajo la égida de todos los partidos “obreros”.

El programa gubernamental está dominado por los problemas planteados por la guerra. Se trata de establecer “el orden revolucionario” y de seguir las huellas del gobierno de Largo Caballero: disciplina, mando único, milicias obligatorias (el POUM hablará de ejército rojo), proclamación de los derechos de los pueblos a la autonomía. Inmediatamente el Comité de Milicias, el “único poder real”, desaparecerá definitivamente. Los municipios se hicieron con las funciones de los Comités antifascistas, que antes se habían comparado con los Soviets. La atmósfera se va oscureciendo y la organización de la masacre de los obreros avanza. En Madrid, luego en Barcelona, se dictan decretos de movilización general que transforman las milicias en un ejército regular. Al mismo tiempo, la CNT lanza sus “consignas sindicales” al proletariado catalán (no comentadas por el POUM): *“Trabajar, producir y vender. Nada de reivindicaciones salariales o de otro tipo. Todo ha de quedar subordinado a la producción de guerra”*. En resumen, todo por el frente antifascista: tregua de la lucha de clases; el lenguaje de guerra de los social-patriotas de 1914-1918 retomado por los “libertarios” en 1936. El “Pacto de unificación revolucionaria” entre todos los partidos y sindicatos de Cataluña (a excepción del POUM) sellará este “contrato social” de Unión Sagrada. El primer punto incluirá el compromiso formal de *“ejecutar las decisiones y decretos del Consejo de la Generalitat poniendo a su servicio toda nuestra influencia y nuestro aparato orgánico”*. Tras la toma de Toledo y el avance sobre Madrid, la Unión Sagrada se sellará en Madrid con la entrada de los anarquistas en el gobierno de Largo Caballero, que se denominará Consejo de Defensa de la República. El Capitalismo español e internacional quedaba bien servido.

6. La guerra de España y el proletariado internacional

Los hechos hablan hoy brutalmente. Ya no se trata de Revolución sino de guerra capitalista. La lucha en España opone, efectivamente, a la burguesía y al proletariado, pero en una situación en la que éste consiente en su propia destrucción *en provecho del capitalismo*, al igual que durante la guerra mundial de 1914-1918 se prestó a morir por el “futuro del socialismo” al que había que defender de la “barbarie pangermanista”. Nadie niega ya actualmente que España se ha convertido en el campo de las competiciones imperialistas. Ya en septiembre, en Ginebra, el ministro socialista (de la izquierda socialista) de Asuntos exteriores de España, Álvarez del Vayo, declaraba con bastante exactitud que *“ante nuestros propios ojos, los campos ensangrentados de España ya se han convertido en el campo de batalla de la guerra mundial”*.

Esta lucha, una vez iniciada, se ha transformado inmediatamente en una cuestión internacional". Evidentemente para Álvarez del Vayo, así como para sus colegas socialistas y estalinistas, la guerra cercana tomará el aspecto de un conflicto entre dos ideologías "opuestas": democracia-fascismo. Sin embargo sabemos que hasta el momento la solidaridad tácita, aunque terriblemente efectiva, de los Estados democráticos y fascistas no ha dejado de actuar contra el proletariado español *con el apoyo inconsciente del proletariado internacional*. Al amparo de la farsa de la no-intervención, iniciativa del gobierno del Frente Popular de Blum, esta solidaridad se llevó a cabo de la forma más eficaz posible, al inmovilizar a los proletarios de Francia, Inglaterra y Bélgica, conteniendo y frenando el desarrollo de los contrastes imperialistas. Y es que Blum tenía razón cuando invocaba la perspectiva de la guerra mundial como resultado de una intervención más brutal de los Estados democráticos en los sucesos españoles. Lo que por otro lado no les ha impedido favorecer tácitamente el reclutamiento de voluntarios para la masacre bajo el signo del Frente Popular de España. Por otro lado, los Estados fascistas pueden intervenir abiertamente con material y hombres, protegidos por la actitud de "neutralidad" de las democracias, que se corresponde con su "voluntad" de frenar la evolución hacia la guerra imperialista generalizada: Delbos, ministro francés de Asuntos Exteriores, declaraba en octubre que había que evitar a toda costa una crisis internacional aguda, que podría evolucionar, según sus palabras, hacia una "guerra de secesión" en Europa. Pero para el proletariado internacional el problema de clase se plantea de manera distinta, no desde la perspectiva de la intervención o de la no intervención, ambas de naturaleza capitalista. El informe del camarada Hennaut es ambiguo en este punto. Rechaza la argumentación con la que Blum justifica la no intervención. Sin embargo, cuando considera que es falso "*que una política de apoyo a la revolución lleve a una guerra mundial*", ¿qué entiende por "política de apoyo"? Porque en este caso se impone la claridad. ¿Acaso cree que el apoyo abierto al Frente Popular español bajo el control del capitalismo está encaminado a favorecer el desarrollo de la revolución proletaria en España? En otros términos, ¿acaso el proletariado internacional, al luchar por el "levantamiento del bloqueo", puede forzar a Blum, Eden y Stalin a adoptar el internacionalismo y ayudar al proletariado español? En primer lugar, si los Estados democráticos no han respondido a las maniobras de Hitler y de Mussolini con otra intervención abierta, ¿acaso no ha sido por miedo a que una ayuda material masiva contribuyera a reforzar las posiciones de clase de los obreros españoles, aumentando su consciencia revolucionaria y poniendo trabas al proceso de Unión Sagrada? Tal hipótesis está por demostrar. Por un lado, la guerra antifascista, con el apoyo directo de los Estados fascistas y el apoyo indirecto de los Estados democráticos, se manifiesta como el instrumento perfecto de servidumbre del proletariado español a los intereses capitalistas. Pero, por otro lado, también es cierto que en el caso que una poderosa efervescencia obrera desbordara el marco de la Unión Sagrada y amenazase a la burguesía española, asistiríamos a una unión inmediata de las fuerzas "democráticas" de España, Francia, Inglaterra, Bélgica y Rusia para aplastar a los obreros y campesinos de España.

Pero en ausencia de tal perspectiva, hemos asistido ya al apoyo abierto de la URSS al campo antifascista, dando lugar a una situación en la que como señala el camarada Hennaut, "*el proletariado español se encuentra de nuevo empeñado en la defensa del sistema capitalista*". Es evidente que la URSS trataba así, no de sostener al proletariado español, sino de defender su particular posición en el concierto del imperialismo mundial.

El camarada Hennaut considera sin embargo que el apoyo al proletariado con hombres y armas es fundamental. Pero puesto que él mismo admite que este apoyo no se realiza más que con objetivos capitalistas, siguiendo el ejemplo de la URSS, ¿cómo concibe él que el proletariado español puede escapar al proyecto burgués situándose en el terreno del intervencionismo armado? El intento del camarada Hennaut de establecer una distinción en este sentido entre la ayuda proletaria y la ayuda capitalista es totalmente

abstracto, puesto que no tiene en cuenta la situación de las clases en lucha. El camarada Hennaut, por otra parte, se da cuenta perfectamente de ello cuando dice que *“el envío de hombres y municiones a España es el medio más aparatoso, aunque no el más eficaz, de sostener la revolución... y la presencia aquí de los trabajadores socialistas y comunistas enviados a España sería mil veces más preciosa que su presencia allí en España”*. Pero el camarada H. ha de saber que si los traidores socialistas y estalinistas (a los que se han añadido los anarquistas, el POUM y los trotskistas) reivindican esta forma de apoyo, es precisamente porque presenta características contrarrevolucionarias y no porque contribuya al desarrollo de la revolución española. Además, ¿no insiste él mismo en que el apoyo armado *“tan sólo alcanzó una amplitud real tras el retroceso del proletariado español en la revolución, retroceso señalado por la entrada de los anarquistas y del POUM en la Unión Sagrada”*? ¿Y cuál es entonces la conclusión?, ¿que el proletariado de cada país debe demostrar su solidaridad con el proletariado español combatiendo a su propia burguesía “republicana” de España o enviando proletarios al holocausto? La postura del camarada Hennaut vuelve a vacilar, puesto que si bien es cierto que en teoría se pronuncia por la ayuda al proletariado español y no por la ayuda al capitalismo español, *de hecho*, su incorporación a la guerra antifascista desarma ideológicamente a los obreros de España y de los demás países.

En España, hoy, no se trata de revolución sino de guerra. Una guerra que está bajo la influencia del dominio capitalista, es una guerra capitalista. Este es un axioma marxista. El proletariado puede verse impotente para oponerse a ella, lo que no puede es *aceptarla*. No puede olvidar la lección de 1914, que fue *definitiva*. A la guerra, tiene que oponer su propia guerra civil por la abolición del Estado capitalista, cualesquiera que sean las repercusiones militares que puedan derivarse de ello.

Los obreros y los campesinos de España, al dejarse masacrar bajo la bandera del antifascismo, no luchan por el socialismo, sino por el triunfo del capitalismo. La guerra antifascista no está dirigida contra el capitalismo, sino contra el proletariado. O el proletariado español consigue apartarse de los frentes militares para forjar sus propios órganos de lucha y su partido, para instaurar su propio dominio, o será aplastado, incluso si vence a Franco.

El proletariado internacional sólo puede respaldar a los obreros españoles mediante acciones de clase dirigidas contra el aparato económico y político del capitalismo.

La acción internacional de cada proletariado no puede consistir más que en una lucha de clases decisiva en el terreno nacional. Por eso la ayuda efectiva a la España revolucionaria únicamente reside en el cambio radical a nivel mundial de la correlación de las clases.

Jehan.